

Capítulo 1

Cómo hacerse invisible

*Berkeley Square, Londres
Abril de 1815*

A diferencia de sus hermanas, que eran mucho más vivaces, la señorita Anne Royle sólo tenía un talento, y no uno que la recomendara.

Era capaz de hacerse invisible.

Ah, no de la manera de los cuentos de hadas, donde el cuerpo se puede difuminar en la brisa.

Anne simplemente tenía la capacidad de atravesar un salón de baile a rebotar de gente y pasar totalmente desapercibida.

Se consideraba nada más que un espectro en la sociedad de Londres, y con mucha razón. Al fin y al cabo nadie buscaba jamás su compañía, ni trataba de captar su atención. Podía estar frente a un gran lord o una gran lady o incluso delante de un lacayo llevando una bandeja, y lo más probable era que esa persona no se fijara en ella.

A veces era como si sencillamente no existiera.

Normalmente ella consideraba su famoso «talento» la más negra de las maldiciones.

Aunque no siempre.

Sólo hacía un año que ella y sus hermanas, Mary y Elizabeth, se habían despojado de sus vestidos de pequín negro de luto y dejado su pequeño pueblo de Cornualles por la satinada elegancia de los salones londinenses.

En su celo por casarlas bien a las tres, su patrocinadora, lady Upperton, siempre a rebosar de vitalidad, les ordenaba asistir a una serie interminable de desconcertantes bailes, fiestas y veladas musicales.

Anne no era ninguna tonta. Al instante comprendió los beneficios de pasar desapercibida por debajo de las narices altivamente levantadas de los miembros de la alta sociedad.

Eso la libraba de gran parte del minucioso examen y los susurros que soportaban sus hermanas debido a las escandalosas sospechas que giraban en torno al linaje real de las trillizas Royle.

Y esa noche no sería diferente.

Mientras con su hermana Elizabeth se vestían y acicalaban, preparándose para la fiesta más grandiosa de la sociedad en la historia reciente, Anne rezaba pidiendo invisibilidad.

Porque dentro de cuatro horas, de eso dependería el curso de su vida y del de sus hermanas.

Casa MacLaren, Cockspur Street

Tres horas después

—Vamos, Anne, qué exagerada eres —rió Elizabeth agitando su abanico bordeado de encajes ahuyentando la afirmación como si fuera un insecto alado empeñado en picarla.

—Te digo que puedo pasar por entre esta multitud e incluso oír la más privada de las conversaciones y nadie se fijará en mí. Nadie.

Elizabeth arqueó una ceja en gesto dudoso.

—¿Ahora? ¿Y nadie te verá?

—Nadie.

—Puá puá. Aunque tu sigilo es francamente milagroso, de ninguna manera pasas desapercibida.

Anne exhaló un largo suspiro. ¿Para qué se tomaba la molestia de intentar explicárselo a Elizabeth? Esa beldad de pelo rojo como fuego jamás vería la verdad de eso. ¿Cómo podría?

La realidad de su don consistía en que era bastante sosa, al menos comparada con sus hermanas. Porque, ¿qué otra cosa explicaría esa capacidad tan antinatural?

Por su físico debería sobresalir entre las damas menuditas de la aristocracia. Después de todo era tan alta como la mayoría de los hombres. Pero no había sido bendecida con un exquisito pelo negro azabache como la mayor de las trillizas, Mary, ni con los relucientes rizos cobrizos de su hermana Elizabeth, que entró en este mundo varios minutos después que ella.

No, el pelo que coronaba su cabeza en una mata de tirabuzones era del color de la paja del lino, tan claro que prácticamente no tenía color.

Incluso sus rasgos eran delicados, ordinarios, y su piel tan blanca como un colmillo de marfil pulido.

A veces pensaba que si se apoyaba en una pared con un vestido blanco, como el que se había puesto esa noche, nadie la vería. Su coloración la haría casi imposible de distinguir del yeso.

Mmm, en realidad podría poner a prueba esa teoría. Con la proeza que intentaría hacer cuando el minuterero hubiera completado sólo dos vueltas, un nuevo truco podría ser su gracia salvadora en el caso de que se hiciera necesaria una escapada rápida.

La verdad, podría ser prudente ejercitar sus técnicas de sigilo en ese mismo momento, antes que... bueno, antes de que la llamaran a actuar. Sí, eso era exactamente lo que haría.

—Elizabeth, te juro que en este mismo momento podría des-

lizarme por este salón quitando copas llenas de cordial de las manos de invitados desprevenidos y hacerlos preguntarse un momento después qué les había ocurrido.

—No, no puedes. Sólo quieres tomarme el pelo. Te conozco, Anne. Tienes que comprender de una vez por todas que ya no soy tu crédula hermanita bebé de ojos agrandados.

Diciendo eso Elizabeth se cubrió la boca para ocultar su risa.

—Todavía dudas de mí —dijo Anne—. ¿Cuándo vas a aprender, querida hermana? —Le cogió la mano enguantada, le golpeó la palma con su abanico y le cerró los dedos sobre él—. Necesito tener libres las dos manos. Ahora observa, mi incrédula señorita, y te quedarás absolutamente sorprendida.

Laird* Allan, el conde de MacLaren recientemente nombrado, abrió las puertas cristaleras, plantó una palma en el redondo trasero de su amiga y la impulsó firmemente a entrar en el oscuro corredor. En el vestíbulo de atrás brillaba una sola vela, cuya luz servía para orientar al personal adicional contratado especialmente para esa fiesta, pero la penumbra le venía muy bien a él.

—¿Cuándo podré verte otra vez, lady... esto, mi buena lady?

—Cielos, MacLaren, ni siquiera sabes mi nombre, ¿verdad?

La dama se arregló las mangas con volantes de encaje sobre los tersos hombros, luego ahuecó las manos en sus sonrosados pechos y sin la menor vergüenza se los acomodó dentro del corpiño. Entonces lo miró.

Él arqueó las cejas y la obsequió con una sosa sonrisa, a la cual ella al instante respondió con un exagerado mohín.

Laird suspiró, de un modo igualmente falso.

—Entiende, por favor, mi querida lady, que mi olvido de tu

* *Laird* es *lord* en escocés. (N. de la T.)

nombre no tiene nada que ver con lo memorable que eres. Simplemente estoy tan borracho que no logro encontrarlo en mi neblinosa memoria, aunque no me cabe duda de que tu nombre es tan bello como tú. Me perdonas, ¿verdad?

Ella se echó a reír.

—Vamos, vamos, no te preocupes, mi compañero de juegos. —Le pellizcó afectuosamente la mejilla y sonrió—. Dicha sea la verdad, no me ofende en lo más mínimo. En realidad, cariño, me alivia bastante. Si no recuerdas mi nombre es menos probable que mi marido se entere de nuestra... íntima excursioncita por tu jardín durante esta fiesta, ¿eh?

—¿Estás casada?

Condenación, con esa ya eran dos esa noche. ¿Dónde están todas las señoritas sin compromiso? ¿Siguen evitándome como a la viruela? Me he reformado. O al menos lo estoy intentando. Casada. Maldita sea.

Alargó la mano y distraídamente le sacó una ramita de hiedra del desmoronado peinado.

—Ah, ¿no lo sabías? —dijo ella, y una risita salió junto con su aliento—. No te preocupes. Tiene una lastimosa puntería. Y es tremendamente viejo, mientras que tú..., bueno, tú, mi muy viril conde, no lo eres. Además, aún no me has enseñado el jardín de la luna; todas las damas no han hablado de otra cosa esta noche.

Dudoso, Laird arqueó una sola ceja.

—¿Han estado hablando del... jardín de la luna?

—Ah, sí. No hace más de una hora, creo. Me dijeron que esa determinada parte de tu jardín es muy embriagadora, sobre todo a la luz de la luna llena. ¿Es cierto eso, milord?

Él levantó la ramita de hiedra ante ella y la hizo girar entre los dedos, moviendo la hoja con nervaduras blancas.

—Viste el jardín, señora.

—Pero no todo. —Le puso un dedo en el pecho y lo bajó

seductoramente deteniéndolo justo encima de la cinturilla de las calzas—. Uy, y cuánto me gustaría verlo todo. —Su mirada se sumió en ese acontecimiento, le pareció a él, pero su mente obnubilada no captó su sentido apenas velado—. ¿Tal vez mañana por la noche me lo enseñas, mmm?

Laird se aclaró la garganta.

—Lo siento, pero debo disculparme, señora. De verdad debo reunirme con mis invitados.

Ella bajó más la mano y descaradamente le deslizó los dedos por el interior del muslo, se apretó a él y le depositó un mojado beso en la boca. Traviesamente le movió uno de los botones de la bragueta.

—¿Estás seguro, milord?

Laird se apresuró a apartarse, no fuera que los dedos de ella hincharan las cosas.

—Eso me temo, querida mía. Debo irme.

—¿De veras? —Le acercó los labios a la oreja y sus excitantes palabras salieron junto con el aliento caliente—. ¿O podría ser que ya no tienes más tiempo para mí, MacLaren? ¿Es eso? Ocu- rre que sé que no soy la primera a la que has llevado por el sende- ro del jardín esta noche —le mordisqueó el lóbulo—, y me parece que bien podría no ser la última tampoco.

Laird hizo un mal gesto. Poniéndole las manos en los hom- bros, la mantuvo firme al tiempo que él retrocedía un paso.

—Bueno, si así son las cosas —dijo ella.

Le dirigió una dura mirada, giró sobre sus tacones turcos rojos y echó a andar por el largo corredor hacia la brillante luz que salía del bullicioso salón.

Casada, pensó Laird, moviendo la cabeza asqueado. Se había esforzado al máximo en dejar atrás su libertinaje, por el bien de la familia. Para demostrarse que era digno, por fin, del apellido MacLaren, y de «ella».

Ya hacía más de un año que su comportamiento era respec- ta-

ble, como se esperaba de un conde que acaba de acceder al título. Sus modales habían sido impecables y su conducta nada menos que caballerosa, es decir, claro, hasta esa noche.

Una noche de vuelta en la sociedad. Sólo bastó eso. Una noche y ya estaba volviendo a caer en su forma de ser inescrupulosa. Agitó la cabeza. Maldición.

Pero al menos la suerte estaba de su lado. Después de todo, lady Buenjuego, o cual fuera su apellido, le había puesto muy fácil la marcha atrás.

Exhalando un suspiro, cogió la vela y la levantó hasta el espejo que colgaba sobre la mesa adosada a la pared, para iluminarse la cara.

Vaya, mírame, un maldito desastre arrugado.

De pronto, algo en su parpadeante imagen lo pellizcó y lo obligó a acercarse más. Sus ojos azul cobalto se veían fríos y negros a la tenue luz, y al instante entraron de un salto en su mente amedrentadores recuerdos de su difunto padre. Cerró los ojos, hizo una respiración profunda y se sacudió, para sacarse de la mente la imagen y los recuerdos que lo perseguían.

Cuando abrió los ojos, se pasó los dedos por el pelo negro ondulado, alisándose y peinándose lo mejor que pudo. Se giró, dejó la palmatoria en la mesita de cerezo y comenzó a arreglarse el nudo de la corbata ya arrugada.

—Tienes toda una maldita casa, MacLaren —dijo una voz masculina desde el corredor.

Giró la cabeza y entrecerró los ojos. Recortada a la luz proveniente de la puerta del salón, vio la conocida silueta de un caballero larguirucho.

—Y sin embargo esta noche prefieres el jardín —continuó el hombre.

Laird se giró del todo, aunque con las piernas inestables, a mirar a su viejo amigo.

—Apsley. Que me cuelguen, mierda. ¿Dónde has estado toda

la noche? Pensé que habías decidido no venir y preferido darte un revolcón con esa descarada bailarina de ópera tuya.

—Ah, pues no, nada de eso. Planté a esa zorrita el martes.

Diciendo eso Apsley se acercó a mirarse admirativamente en el espejo y se metió detrás de la oreja un rizo rubio extraviado.

Laird agitó la cabeza.

—Sin duda por otro trocito de muselina el doble de... dotada.

—Bueno, sí, si has de saberlo.

Arthur Fallon, vizconde Apsley, se revolvió los rizos rubios, todo engréido se levantó las puntas del cuello de la camisa y se giró a mirarlo.

—Pero tendrías que haber sabido que vendría. No lo he olvidado. Si no hubiera..., bueno, maldita sea, hoy estaríamos brindando por el veinticinco cumpleaños de tu hermanito, no por su recuerdo.

Laird bajó la vista al anillo de oro de sello, lo único que le había entregado hace un año el lloroso ordenanza de Graham, después de la batalla que le costó la vida.

—Lo echo de menos.

—Lo sé. Pero tienes que saber, creyera lo que creyera tu padre, que no fue culpa tuya. Tienes que entender eso.

—Pero lo fue. Si hubiera hecho lo que deseaba mi padre, tal vez Graham no habría muerto.

Echó atrás la cabeza, tratando de contener las lágrimas que le hacían escocer los ojos.

Apsley le puso una mano en el hombro y se lo apretó.

—Basta de lamentos, basta de cavilar sobre lo que pudo o no pudo haber sido. —Como un perro cazador que acaba de captar un rastro, olisqueó el aire—. Con que esta noche has elegido coñac, ¿eh? ¿Es bueno? Espero que lo sea porque me parece que esta noche me llevas una ligera ventaja. No podemos permitir eso, ¿a que no?

—Más que ventaja. Mi caballo va muy adelantado, buen hombre. — Cuando volvió a mirar sintió los ojos llenos de lágrimas. Se pasó el dorso de la mano por la cara, para conservar su dignidad, pero el movimiento de la cabeza, muy leve, lo hizo tambalearse unos pasos hacia la izquierda.

Apsley le cogió el brazo y lo afirmó.

—Ya veo. Pero no beberás solo por el recuerdo de Graham ni un instante más. Dime dónde está el decantador y la copa de cristal más honda y te juro que mi caballo adelantará al tuyo en menos de una hora.

Laird sonrió, sabiendo que Apsley lo decía muy en serio y era muy capaz de hacerlo. Antes que pudiera pensar en complacerlo, notó que ya no estaban solos.

—Laird, hijo, ¿eres tú el que está ahí, no? —llegaron las resonantes palabras de la condesa MacLaren del otro extremo del largo corredor—. ¿Y ha sido la voz de Apsley la que he oído también? ¿Está contigo?

Laird hizo una mueca.

Ay, buen Dios.

—Sí, Apsley está aquí, madre. —Avanzó un paso, afirmando la mano en el brazo de su amigo y se le acercó a decirle en voz baja al oído—: Perdona, pero debo advertirte. Mi madre ha estado preguntando por ti desde hace horas.

—¿Sí? —susurró Apsley—. Ah, mierda, ¿para qué?

La condesa dio unas palmadas, y los dos volvieron a mirar hacia ella.

—Tenemos invitados que acaban de llegar —siseó la condesa—. Vuelve inmediatamente, por favor, a saludarlos. Tú eres el cabeza de familia ahora. Esperan verte.

Dicho eso se dio media vuelta y entró a toda prisa en el salón.

Apsley arqueó las cejas hasta que casi le rozaron el rizo dorado que le caía sobre la frente.

—Está algo nerviosa, ¿no? Así pues, dime, Mac, ¿qué necesita de mí la condesa esta vez?

Laird miró hacia la luz y se apresuró en dar su advertencia, porque no le cabía duda de que la condesa no tardaría en reaparecer en el corredor.

—La respuesta es muy divertida.

—Entonces dímelas. No me iría mal hacer alguna locura en estos momentos.

—Aunque te parezca mentira, se le ha metido en la cabeza que tienes bastante influencia como para avanzar mi camino hacia el escaño de la familia en la Cámara de los Lores.

Apsley se rió.

—¿En qué te basas?

—No, no, espera, hay más. —Levantó una mano para impedir que el otro lo interrumpiera otra vez—. Incluso cree que posees la influencia para inducirme a contraer matrimonio antes que termine la temporada. Ahora bien, acceder a abandonar mi vida disoluta es una cosa, pero ¿la trampa del cura? ¡Ja! Después de lo que me ocurrió con Constance no volveré a considerar jamás la posibilidad de una locura como esa.

—¿Matrimonio has dicho?

Laird emitió una risita forzada.

—¿No lo encuentras divertido? Como si alguien pudiera convencerme de volver a estirar las piernas para que me pongan grilletes.

Arqueó las cejas y esperó a que Apsley hiciera lo mismo.

Pero este no las arqueó.

Simplemente lo miró como si... como si..., no, seguro que no estaba de acuerdo con su madre.

Pero Apsley estaba sonriendo.

Condenación, al parecer sí estaba de acuerdo.

—¿Y te burlas de la fe de tu madre tan correctamente puesta

en mí? Te aseguro que sé ser muy convincente cuando pongo pasión en algo.

—Eso es cierto, pero ocurre que sé que no estás tan apasionado por esta causa, Apsley, no lo estás en lo más mínimo.

Apsley arqueó la ceja izquierda.

—¿Quieres apostar?

—Hazte una buena obra: ahórrate tus guineas y el trayecto al White para anotar la apuesta. Porque esta es una apuesta que sin duda alguna ganaré yo.

Apsley arqueó las dos cejas.

—¿Sí? —Se cruzó de brazos—. ¿Tan seguro estás?

—No tengo ni la más mínima duda. Porque, señor, aunque sé que nada te gusta más que un desafío con tantas desventajas, piensa en lo que significaría que ganaras. Si me casara sin duda subiría mi cuota de respetabilidad, pero llegarían a su fin mis días de libertad. Te pregunto, ¿quién otro podría igualar tu energía en ir de parranda, jugar o elevar una copa en honor de Baco?

Apsley se rascó la sien, en fingida contemplación.

—De parranda, ¿eh? Pensé que habías jurado volverte respetable después de tu fracaso con lady Henceforth.

—Permíteme que lo corrija. De parranda en círculos más íntimos. En sociedad continuaré siendo el caballero de buenos modales y me redimiré, por el bien del apellido MacLaren.

Apsley arqueó las cejas.

—¿Así que eso es lo que estabas haciendo en el jardín con la baronesa, redimirte? Está casada, ¿sabes?

—Sí, pero me han dicho que él tiene mala puntería —dijo, Laird, sonriendo por su grosera broma.

Simplemente esta vez había tenido un desafortunado comienzo en Londres, se dijo, eso era todo. Mañana lo haría mejor. Y con el tiempo finalmente demostraría que era digno de su título y de la buena viuda lady Henceforth. Se alisó las solapas, enderezó la espalda y esbozó una confiada sonrisa.

El sonido de tacones en el suelo de mármol puso fin a cualquier otro comentario sobre el tema.

— Ahí viene tu madre otra vez.

Laird suspiró resignado.

— Perdona, Apsley, me parece que no hay escapatoria para ti.

Apsley no pudo evitar un estremecimiento cuando llegaron a sus oídos esas irrefutables palabras, pero curvó los labios en una sonrisa y se giró en dirección al salón.

— Lady MacLaren, ¿cómo se encuentra esta noche? — saludó. Volvió a mirar a Laird y susurró —: Me debes una, ¿te das cuenta?

— Sí, y de verdad te agradezco el sacrificio.

Entonces, riendo, le dio un codazo y lo empujó sin piedad hacia delante, hacia las garras de la condesa.

Laird hizo una honda inspiración y expulsó el aire por entre los dientes, apoyando la espalda en la pared, muy cerca de la puerta. El salón estaba más atiborrado de invitados que una hora antes.

Damas ataviadas con vaporosos vestidos de seda estaban codo con codo con caballeros de chaquetas oscuras. Por entre los grupos sólo discurrían estrechos senderos de espacio desocupado, senderos que sólo existían para permitir a los lacayos su servicio de libaciones.

Por la puerta abierta miró hacia el reloj del vestíbulo y exhaló un suspiro. Condenación, todavía no eran las once y media; era temprano, según los criterios de la sociedad. De todos modos, hacía rato que se habría marchado si la fiesta no se celebrara en su maldita casa de ciudad.

No debería haber permitido que su madre, que acababa de quitarse el luto por su padre y su hermano, organizara esa fiesta tan grandiosa en Cockspur Street.

Se había vuelto loco, estaba claro.

¿Por qué no la convenció de esperar hasta el otoño y entonces ofrecer una fiesta en la casa de campo MacLaren Hall? Pero sabía que ese era un deseo inútil, porque ella era la condesa MacLaren y se había ganado la fama de no hacer nada a medias.

Su fiesta, que marcaba el regreso de los MacLaren a la sociedad, después de su periodo de luto, había sido la comidilla entre los aristócratas durante más de ocho semanas. Vamos, los diarios de Londres habían dedicado casi tanto espacio a la inminente fiesta como a las noticias sobre los tejemanejes del Parlamento. Lamentablemente, al parecer él era el único que había temido ese tan pregonado acontecimiento.

Frustrado, se golpeó la cabeza en la pared. No tenía nada en común con esos palurdos de la sociedad. Nada en absoluto.

Deseaba estar en el Covent Garden o en la sala de atrás del escenario con todas las guapas bailarinas. No ahí, alternando con esas aristócratas de faldas blancas y sus almidonados mayores.

Pero era el nuevo conde, y le debía a su familia sostener el honor del título.

También sabía que era el mayor deseo de su madre que esa noche su único hijo superviviente conociera a una mujer y al final de la temporada la acompañara por el pasillo de la iglesia Saint George. Por lo tanto, por ella, intentaba ser encantador, hacer a un lado su tristeza.

De todos modos, las únicas mujeres que le interesaron, aunque fuera sólo un poco, fueron las dos que se ofrecieron entusiastas a acompañarlo al jardín para ahogar ahí su pena con tanta eficacia como una copa de buen coñac.

Pero nada duraba mucho esa noche. Ni los licores ni los placeres carnales. Pronto había vuelto aumentada al doble su sensación de vacío, de pérdida, de culpa.

Suspirando paseó la mirada por el salón, buscando a alguna chica guapa que le elevara el ánimo y mejorara la disposición durante esa interminable fiesta, y de pronto su mirada recayó sobre un lacayo que estaba ocupadísimo ofreciendo copas de clarete a los invitados.

Ah, ahí estaba su salvación.

Estaba a punto de enderezarse y separarse de la pared cuando de repente, a una distancia inferior al ancho de sus hombros, una mujer toda de color claro pareció desprenderse del yeso. Al instante, un extraño estremecimiento pareció recorrerle toda la piel.

La mujer era una visión sorprendente, toda envuelta en blanco, y no logró apartar los ojos de ella mientras se deslizaba hacia el centro del salón, al parecer desapercibida para todos a excepción de él.

Puñetas. ¿Podría ser que se lo estuviera imaginando?

Agitó la cabeza, para asegurarse de que ella estaba ahí de verdad, luego abrió bien los ojos y fijó la mirada totalmente en ella.

Su pelo era tan claro como la luz del sol de una mañana de invierno y su piel tan nívea y tersa como porcelana fina: un ángel encarnado.

O al menos esa había sido su primera impresión de ella, aunque estaba dispuesto a atribuirla a haber bebido con demasiada generosidad. Ciertamente, tenía que reconocer que estaba derrotado por el efecto adormecedor de los licores tanto en su mente como en su cuerpo.

Habría echado a andar hacia su dormitorio en ese mismo instante, pero en lugar de eso dio un inseguro paso hacia ella, luego otro.

Y entonces presenció algo de lo más asombroso.

El ángel llegó hasta un trío de caballeros entretenidos en una animada conversación y, sin que ninguno de ellos la viera ni se fijara en lo que hacía, sacó la copa de clarete de la mano del más

bajo y luego se giró y la depositó en la bandeja de un lacayo que iba pasando.

Qué raro que alguien hiciera eso.

Pero, más asombrado aún, vio que ella repetía el acto. Esta vez le quitó la copa a una risueña debutante, que estaba tan absorta en su conversación que ni notó que le desaparecía de la mano.

¿Qué diablos pretendía la chica? No le encontraba ni un maldito sentido a lo que estaba haciendo.

Justo entonces pasó junto a él un lacayo y se detuvo el tiempo suficiente para que él cogiera una copa llena de la bandeja de plata.

Una idea divertida le pasó por la mente, curvándole los labios en una traviesa sonrisa.

A toda prisa siguió al ángel, que iba avanzando lentamente por entre la multitud. La observó atentamente mientras ella miraba de aquí allá, buscando a su próxima víctima.

Estupendo, venía en dirección a él. Jugaría a su juego. Acércate otro poco. Eso, estupendo.

Se situó en la periferia de un grupo que estaba en animada conversación y, con la esperanza de que su aparente distracción lo marcara como a su próxima víctima, comenzó a reírse a carcajadas como si acabaran de contar un fabuloso chiste.

Supo el momento exacto en que la atención de ella se clavó en él. Sintió pasar un estremecimiento de emoción por todo el cuerpo cuando se le fue acercando, y sintió la fuerza del aire caliente cuando ella comenzó a rodear el grupo, calculando su momento.

El corazón le latía fuerte en el pecho, pero no se atrevió a mirarla. Simplemente la observaba por el rabillo del ojo.

Ella se fue acercando, acercando.

Y entonces ocurrió.

Sus esbeltos dedos enguantados cogieron la copa por el borde y comenzaron a levantarla.

Él movió rápido la mano libre, agitando el aire entre ellos, y antes que ella pudiera darse cuenta de lo que ocurría, le cogió la muñeca, firmemente.

Ella ahogó una exclamación de sorpresa y levantó y giró la cabeza para mirarlo.

Él soltó en un soplido el aire retenido en los pulmones cuando se encontraron sus miradas. Su ceja izquierda le subió hacia la línea del pelo.

Que me cuelguen.

Aunque su pelo, su piel e incluso el vestido casi carecían de color, sus labios y mejillas eran del mismo color de las flores de cerezo en primavera.

Pero fueron sus ojos los que lo dejaron clavado. Dos explosiones de oro radiante, bordeado por verde de verano, lo estaban mirando.

Durante todo un minuto, ni él ni ella se movieron ni dijeron una sola palabra. O tal vez sólo fue un segundo; no lo sabía. Al parecer había dejado de existir el tiempo en ese pequeño espacio que ocupaban los dos.

Hasta que, de repente, ella arqueó pícaramente una sola ceja dorada, casi como si quisiera remedarlo. En un solo y rápido movimiento, liberó su muñeca, se giró y pasó casi de cabeza por en medio de un grupo de señoras mayores que venían conversando.

Y en ese instante desapareció.

Se le curvaron las comisuras de los resecos labios mirando hacia el lugar donde había desaparecido. Distraídamente levantó la mano para beber de su copa. Y sólo entonces cayó en la cuenta de que no la tenía en la mano.

La picaruela de ojos dorados se las había arreglado para quitársela después de todo. Se rió sobre el puño cerrado, hasta que comprendió su grave error.

Condenación. Esa chica tenía fuego dentro. Esa noche podría

ser la única mujer que le había inspirado un cierto interés, y ni siquiera se le ocurrió preguntarle su nombre.

Eran casi las dos de la mañana y la fiesta continuaba muy animada, no se veían indicios de que fuera a terminar.

Pero en realidad eso no importaba, concluyó Anne. Dentro de una hora estaría en casa, en la cama, o encadenada en prisión. Le latieron fuertemente las venas de las sienes ante la idea.

Elizabeth, que estaba en su puesto de centinela junto al frío hogar, se giró hacia ella.

—Anne, Lilywhite ha dado la señal. El vestíbulo está despejado. —La miró fijamente—. Ve. Ve ahora.

A Anne se le erizó el finísimo vello de la nuca.

—Esto es una locura, Elizabeth. No puedo, sencillamente no puedo.

—Sí que puedes. Sabes que debes. No hay otra manera. Esta es nuestra única oportunidad.

—Pero todavía hay por lo menos sesenta invitados en la casa. ¿Y si me ven? ¿Y si me pillan, otra vez?

—Vamos, Anne, deja de inquietarte. Ese caballero no tiene ninguna importancia, ninguna en absoluto. Señor, estuviste jugando, y ¿quién de nosotras ha hecho eso alguna vez en una fiesta?

—No era un juego, Elizabeth. Quería ejercitar mi habilidad, hacer acopio de valor. Pero resulta que él me vio, cuando nadie más me había visto. —Miró preocupada hacia el vestíbulo que llevaba a la escalera—. ¿No lo entiendes? No estoy preparada para hacer esto. Él me vio.

—¿Qué importa que se haya fijado en ti? Estaba borracho como una cuba. No creo que en ese estado pueda recordarte. —Le cogió la muñeca—. Además, los Viejos Libertinos están

alertas por si acaso algo fuera mal. Mira ahí. —Movi6 la cabeza hacia un anciano caballero en forma de manzana que estaba justo ante las puertas del sal6n rasc6ndose la ancha tripa—. ¿Lo ves? Lilywhite est6 ah6.

Anne pase6 la mirada por el gent6o.

—¿Est6 el conde en el sal6n? Porque si no est6, podr6 haberse retirado a su dormitorio a acostarse. ¿Alguien ha tomado en cuenta eso?

—¿C6mo podr6 saberlo, dime? Hace m6s de un a6o que no se presenta en sociedad, as6 que no sabr6 identificarlo tampoco. Pero Lilywhite ha estado en su puesto cerca de la escalera casi una hora. Nadie ha pasado junto a 6l.

A Anne le tembl6 todo el cuerpo.

—No puedo ir, Elizabeth.

—S6, puedes. —Con un codazo la hizo avanzar un paso—. Nadie m6s puede hacer esto, hermana. Y t6 lo sabes.

Anne la mir6, muda.

S6 que lo sab6a.

Su hermana Mary, gorda en su sexto mes de embarazo, estaba feliz en el campo con su adorador marido, suspendidas sus actividades sociales.

Y por loca que fuera la idea, sab6a que Elizabeth no podr6 avanzar tres pasos por esa multitud sin atraerse la admiraci6n de uno o dos caballeros.

Esa no era la realidad para ella. Hasta ese mismo instante siempre la hab6a fastidiado que nadie le diera ninguna importancia ni se molestara en saber su nombre.

Pero claro, ¿por qu6 alguien le iba a prestar atenci6n? Ella era simplemente Anne, la trilliza Royle del medio. La que se preocupaba de sus modales; la que acataba las reglas y jam6s hac6a nada a prop6sito que pudiera atraer una atenci6n indebida hacia ella o hacia su familia.

Bueno, al menos hasta esa noche.

Nerviosa miró hacia la puerta abierta, a Lilywhite. Él la miró y alzó el mentón, indicándole el camino.

—Ve, Anne.

Asintiendo y, tragando saliva, nerviosa, echó a caminar.

Hasta ese momento, más que cualquier otra cosa, había deseado que se fijaran en ella, que la vieran. Que la apreciaran, valoraran.

Pero esa determinada noche, mientras caminaba sigilosa por ese elegante salón, lleno con la banal flor y nata de la sociedad londinense, no levantó sus ojos dorados ni hizo el menor intento de provocar una presentación a nadie.

Tenía que fiarse de su talento para pasar inadvertida. Invisible.

Porque su futuro dependía de eso.

Con las faldas recogidas para que no rozaran el suelo, se dirigió a la escalera principal que subía al corredor donde estaba el dormitorio del conde.

Con el corazón golpeándole las costillas, subió los peldaños hasta la primera planta.

Cuando llegó a una puerta, pegó la oreja, con el oído atento. Sólo oyó silencio. Entonces palpó la puerta hasta encontrar el relieve del blasón y se agachó a mirar por el estrecho ojo de la cerradura. No había ninguna vela encendida dentro. Nada de luz. Sólo oscuridad.

Se enderezó. Buen Dios, de repente sentía anormalmente ceñido el corsé. Le resultaba difícil el simple acto de llenar de aire los pulmones; apenas podía respirar.

Esto es una locura. ¡Locura!

Vamos, si escasamente tenía aliento. Pero en su corazón sabía que no había vuelta atrás.

Con sumo cuidado colocó las yemas de los dedos sobre la manilla, la bajó, entró en el oscuro dormitorio y cerró suavemente la puerta.

Cielos, estaba ahí, en el dormitorio del conde.

Ya todo dependía de ella. Tenía que encontrar las cartas. Debía.

Los Viejos Libertinos habían dicho que esa era la única, única oportunidad. Si tardaban más, el nuevo conde podría encontrarlas y entregárselas al príncipe regente. Tenía que arriesgarse.

Entrecerró los ojos y esperó a que se le adaptaran a la oscuridad, pero no entraba ni un débil rayito de luna. La oscuridad era absoluta negrura, como si llevara los ojos vendados con terciopelo negro.

Si consiguiera localizar la ventana y abrir las cortinas para dejar entrar algo de luz de la luna. Aunque salía temprano, era llena, y le había parecido que estaba anormalmente cerca. Su brillo azulado podría iluminarla lo bastante para hacer su búsqueda.

Con el corazón zumbándole en los oídos, avanzó a tientas, con los brazos extendidos delante y los dedos abiertos, palpando a ciegas el perímetro de la habitación, hasta que encontró la ventana.

Avanzó hasta el centro de la ventana, cogió los extremos de las cortinas de suave satén y con un solo movimiento las abrió, y entró en la habitación la tenue luz azulada.

Al instante sintió un frufú detrás de ella. Se giró y vio una enorme sombra avanzando hacia ella. Casi se le desorbitaron los ojos de miedo.

Dios la amparara.

No estaba sola.